

Y MIENTRAS ELLOS ESPERAN

por el élder Marvin J. Ashton
del Quórum de los Doce Apóstoles

*Trataré de darles esperanzas en lugar de desánimo a los que
temporariamente hayan perdido ciertos poderes y privilegios.*



Hace unos días, un nuevo amigo, que ya no es miembro de la Iglesia porque fue excomulgado, me preguntó: "¿Qué puedo hacer mientras espero? Desde hace un tiempo se me viene diciendo con toda claridad lo que no puedo hacer. ¿Podría decirme a mí y a otros en mi misma situación, lo que podemos hacer?"

Al tratar de responder a esa petición sincera de esa buena persona, me doy cuenta de que probablemente voy a dirigirme a pocas, pero muy valiosas, personas en esta ocasión. Trataré de darles esperanzas en lugar de desánimo a los que temporariamente hayan perdido ciertos poderes y privile-

gios. Algunos de ellos no se atreven ni a tener esperanzas por temor a quedar desilusionados. Ruego que pueda ayudarles a ellos y a sus familiares con ideas que los lleven a la acción, a animarse y a estimarse más a sí mismos.

Recuerdo con toda claridad cuando ese amigo mío agregó a su petición: "No me diga que sea paciente, cariñoso, amable y comprensivo. Necesito más que eso. Preciso una guía firme. Tengo que dejar de sentirme impotente y seguir viviendo. Ayúdeme, por favor".

Como miembros de la Iglesia, ¿cómo podemos ayudar a esos hermanos?

Sugiero que basemos nuestras acciones en un pasaje del Libro de Mormón:

"No obstante, no lo echaréis de entre vosotros, sino que ministrareis por él y oraréis al Padre por él en mi nombre; y si acontece que se arrepiente y es bautizado en mi nombre, entonces lo recibiréis, y le daréis de mi carne y sangre" (3 Nefi 18:30).

Las Escrituras muchas veces nos recuerdan que debemos ayudar a todos los hijos de Dios y que debemos hacerlo con el amor puro de El en el corazón. George Bernard Shaw dijo una vez: "El pecado más grande que se comete en contra de la humanidad no es odiarla . . . es demostrarle indiferencia" (*The Devil's Disciple*, segundo acto). Lo que más puede herir a Una persona es que se le demuestre indife-

rencia. Nunca nos permitamos volver la espalda a nadie, ni cruzar la calle para no saludar a alguien o no entablar relaciones apropiadas con cierta persona. Debemos aprender a amar a todos, aun a aquellos que son obstinados.

Un afectuoso apretón de manos y una sonrisa son remedios infalibles. Pero muchas veces, qué imprudentes somos cuando decimos: "A ese nunca más le hablo". "Nunca" puede abarcar mucho tiempo, e incluso los que nos han causado problemas o vergüenza pueden arrepentirse sinceramente algún día. A veces un corazón herido duele más que un golpe bien dado. Y también puede demorar más en curarse, aunque la cura se acelera cuando evitamos sentir resentimientos, enojo y cuando perdonamos.

Cuando reconocemos y apoyamos el esfuerzo de los que están tratando de superar sus problemas, debemos hacerlo con amabilidad, compasión, paciencia y amor. Es muy triste cuando alguno de nosotros se deja vencer por el pecado o las circunstancias.

Muchos de los que están "esperando" para volver a la Iglesia han sufrido por las palabras o acciones inconscientes de los demás. Bendito es el que evita ofenderse. A esas personas que se encuentran en ese período de espera se les pueden asignar tareas apropiadas y aceptables.

Ahora, en lo que se refiere al pedido de mi amigo: "¿Qué puedo hacer mientras espero?", en 3 Nefi 9:14 se nos extiende la siguiente invitación:

"Sí, en verdad os digo que si venís a mí, tendréis vida eterna. He aquí, mi brazo de misericordia se extiende hacia vosotros; y a cualquiera que venga, yo lo recibiré; y benditos son los que vienen a mí."

Este pasaje indica que en la vida no existe un período de espera para acercarse a Dios. En nuestra debilidad, sabemos a quién podemos dirigirnos para fortalecernos. Por medio de las Escrituras podemos recibir guía y consejos sabios para nuestra vida. La autoestima se puede revivir y se puede renovar la fortaleza necesaria para hacer la voluntad de Dios. La gente siempre es más importante que los programas planeados para su bien-

estar.

Cuando alguien se acerca a Cristo, se da cuenta de la realidad del perdón. "He aquí, quien se ha arrepentido de sus pecados es perdonado; y, yo, el Señor, no los recuerdo más.

"Por esto podréis saber si un hombre se arrepiente de sus pecados: He aquí, los confesará y los abandonará" (D. y C. 58:42-43).

Cuando una persona se convence de que es verdad que El Señor no recuerda más sus pecados, estáfencaminada ya para volver a la Iglesia?, Voy a daros algunas sugerencias y las separaré en dos clases: lo que debemos *evitar* deliberadamente y con constancia, y lo que debemos *hacer*, o sea, las cosas en las que podemos participar.

Os recomiendo que:

1. No alimentéis el resentimiento ni el rencor ni la hostilidad hacia las personas que tienen que tomar las decisiones. Cuando es preciso que nos disciplinen, tenemos la tendencia a ofendernos con los hombres y las instituciones que han tenido que dictar sentencia. Lo que debemos hacer es examinar nuestras emociones antes de "tirar la primera piedra". El enojo y el resentimiento no son buenos para el alma; son emociones viles.

El rencor debe sustituirse por la humildad. La verdad es que el rencor perjudica al que lo siente. Ciega, marchita y corrompe. •

Algunos prestan demasiada atención a los errores y a las debilidades de los demás para sentirse más satisfechos consigo mismos. En casos como éstos, la persona necesita el apoyo de un grupo de individuos que, para ser eficaz, debe incluir familiares, amigos y conocidos que estén dispuestos a ayudarlo a enfrentar y entender lo que vea y experimente.

Moroni nos exhortó a todos: "No me condenéis por mi imperfección, ni a mi padre por causa de su imperfección, ni a los que han escrito antes de él; más bien, dad gracias a Dios que os ha manifestado nuestras imperfecciones, para que aprendáis a ser más sabios de lo que nosotros lo hemos sido" (Mormón 9:31).

Una persona arrepentida escogirá el camino y lo seguirá con confianza porque no tendrá necesidad de pro-

teger su ego lastimado, ni tampoco se permitirá sentir lástima de sí misma. Por lo general es bueno sentir tristeza por los demás, pero no es bueno sentirla por uno mismo.

2. Evitad descorazonaros porque el desaliento es una de las armas más poderosas de Satanás. Tener pensamientos como: "no puedo seguir adelante", "es demasiado tarde", "¡qué importa!" o "ya no tengo esperanzas" es destructivo. Satanás quisiera que creyéramos que porque cometimos un error ya no hay remedio que valga. El quiere que nos demos por vencidos. Es preciso que las personas que estén en ese lapso de espera no se desalienten y tal vez se requiera un considerable esfuerzo para lograrlo, pero es posible hacerlo.

3. No toméis rutas de escape. Muchos quisieran que os unierais a grupos rebeldes o apóstatas. Pero nunca podréis reconstruir lo perdido si os juntáis con los que critican y destruyen.

Es mucho más fácil rebajar y culpar a otros por nuestra situación que arrepentimos y progresar. Los que se dedican a destruir a los demás terminan perjudicándose a sí mismos. Las drogas, el alcohol, la pornografía, los grupos de radicales y fanáticos también son escapes. Las actitudes de "ya nada importa" o "no hay nada que puedas hacer ahora" están completamente fuera de lugar. "La religión pura y sin mácula delante de Dios el Padre es ésta: Visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones, y guardarse sin mancha del mundo" (Santiago 1:27). La edificación y el cuidado requieren disciplina y paciencia. Evitad a los que destruyen a los demás para sentirse superiores.

4. Desechad la tendencia de desparecer. Cuando algunos tienen dificultades, quieren perderse entre la multitud y que nadie los reconozca. Los que tienen la cabeza bien puesta se dan cuenta de que la Iglesia tiene un magnífico sistema de apoyo para los que se encuentran en sus registros. Allí hay personas que pueden escuchar, ayudar y enseñar. También habrá oportunidades de estudiar las Escrituras, meditar y orar. A Dios y a muchos miembros de la Iglesia les in-

teresa saber dónde estáis.

Todos necesitamos que se reconozcan nuestras cualidades y que se nos aprecie. Con el corazón y con el alma buscamos relaciones que nos satisfagan y nos nutran. Incluso los que dicen que quieren que se les deje solos en realidad están buscando su propia identidad.

Perdemos algunos privilegios y poderes cuando perdemos nuestra afiliación a la Iglesia, pero no debemos perder nuestra alma al tratar de volver a encontrarnos a nosotros mismos. Ante los ojos de Dios nadie es un "don Nadie". Nunca debemos olvidar quiénes somos ni lo que podemos llegar a ser.

Mientras esperamos podemos participar de muchas maneras:

5. Manteneos allegados a vuestra familia. Los integrantes de nuestra familia son valiosísimos. Ellos pueden ofrecernos amor y fortaleza. Pero aún más, los miembros de la familia se necesitan unos a otros. Vosotros podéis hacer un esfuerzo por estar al tanto de lo que necesitan los demás y hacer algo por ayudarlos. Algunos necesitan quién los escuche; otros, que se reconozca algo bueno que hayan hecho. Participar en las actividades familiares da satisfacción y ánimo. Acepta las expresiones de cariño de los demás integrantes de la familia, aunque penséis que tenéis motivos para rechazarlas. El primer paso que debéis dar para lograr que la familia os acepte otra vez es cambiar para mejorar. Es cierto hoy, lo fue verdad ayer, y seguirá siéndolo en el futuro, que la influencia de un buen líder sólo puede ejercerse con amor.

6. Participad en las reuniones y en las actividades de la Iglesia.

Aceptad oportunidades de cumplir con responsabilidades apropiadas cuando se os pida que lo hagáis. Yo siempre le estaré agradecido a un hombre que, estando en la situación de que estamos hablando, ayudó a nuestros hijos varones cuando no le era posible participar en todos los programas de la Iglesia. Los muchachos lo querían y él los quería a ellos y dedicaba tiempo para guiarlos.

Tratad de volveros personas dedicadas y con las que se pueda contar.



Hay lugares en los que podéis servir y se os necesita.

Cuando alguien dice: "No tengo nada que hacer", no es cierto. A veces lo decimos porque nos conformamos y nos sentimos cómodos con nuestra situación presente y nos resistimos a aceptar otras nuevas oportunidades. Los líderes deben tener la percepción necesaria para ver más allá de las restricciones y las normas, y percibir las necesidades eternas de los hijos de Dios.

7. Tomad parte en el servicio a la comunidad, sobre todo en el servicio caritativo al prójimo y en el servicio voluntario. Muchas veces nuestros propios problemas parecen tener menos importancia cuando vemos los de los demás. Cuando mi esposa trabajaba como voluntaria en un hospital de la ciudad, vio que algunos de los doctores sugerían a los pacientes que estaban deprimidos, apenados, o que tenían problemas emocionales, que sirvieran como voluntarios. Eso muchas veces daba mejores resultados que los remedios en el aumento de la autoestima y en la curación de los que disfrutaban de ayudar a otras personas.

En vista de que muchos de los programas cívicos y culturales disponen de poco dinero, siempre hay un lugar para cualquier persona que quiera trabajar con los Scouts, hacer colectas para causas justas o ayudar en las escuelas, museos de arte y agencias de todo tipo.

No existe ninguna restricción que

os prohíba hacer buenas obras. No hay necesidad de esperar cuando nuestros semejantes necesitan amor y servicio. El amor debe ser como un vehículo al que se le permita viajar sin límites. Jesús siempre se interesó más en el individuo que en las circunstancias.

8. Buscad a alguien con quien hablar. Para poder volver con más facilidad, es preciso encontrar a alguien a quien podáis abrirle vuestra alma y hablar de todo. John Powell en su libro, *The Secret of Staying in Love* (El secreto de seguir enamorados), dice que "la clave de la comunicación es ser totalmente sinceros y completamente bondadosos a la vez". (Valencia, California, Tabor PublishingCo., 1974, pág. 131.)

Buscad a alguien con quien podáis ser así. Los problemas se hacen menos graves cuando se habla de ellos. Y el punto de vista de otra persona puede hacernos ver las cosas de otra manera. Es un gran consuelo tener a alguien que nos escuche y que respete nuestros sentimientos y necesidades. Esas conversaciones deben ser amables, francas y constructivas.

Una de las grandes bendiciones que tenemos es poder orar. De esta manera todos podemos conversar con un Padre Celestial comprensivo que ama a todos sus hijos. Dios sabe lo que sentimos y puede aliviar nuestra tristeza y guiarnos cuando nos encontramos completamente a oscuras. Por medio de la oración podemos recibir confianza en nosotros

mismos, y recordar que nadie debe sentirse solo. Cuando todo lo demás falla, Dios y uno de sus hijos constituyen una familia.

Invito y ruego, especialmente a los que habéis perdido temporalmente ciertos privilegios, que volváis a nosotros. Sois tan importantes para nosotros como debierais serlo para vosotros mismos. Una de las metas de la Iglesia es asegurar el progreso y la felicidad de sus miembros. Queremos que estéis entre nosotros y gozar de vuestra influencia. El presidente David O. McKay escribió: "Aunque hago hincapié en el esfuerzo individual, no dejo de reconocer la necesidad de la cooperación. Una persona sola, si lleva mucha carga, apenas puede comenzar a subir la colina, y sabe que nunca llegará a la cima sin ayuda. Pero, con un poco de ayuda de otras personas sube la colina y sigue su camino con el corazón alegre" (*Pathways to Happiness*, comp. por Llewelyn McKay, Salt Lake City, Bookcraft, 1957, pág. 131).

Queremos ser quienes os ayuden en vuestro viaje de vuelta. Dedicad a conservar una actitud positiva y a actuar de tal forma que podáis obtener de nuevo las bendiciones y los derechos del evangelio. Un grupo de apoyo, con Dios a la cabeza, estará a vuestro lado para ayudaros a subir la colina. Os prometemos que en esta época en que estáis pasando por lo que llamamos un "período de espera", no os veréis defraudados ni sentiréis el abandono de que se habla en el pasaje de Salmos 142:4, que dice:

"Mira a mi diestra y observa, pues no hay quien me quiera conocer; no tengo refugio, ni hay quien cuide de mi vida."

Nosotros os amamos, sabemos quiénes sois y nos importa vuestro bienestar. Todos somos hijos de Dios y, para los miembros de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días y sus valiosos amigos, no hay necesidad de esperar, sino que todos necesitamos trabajar juntos para alimentar la autoestima y alcanzar la victoria en la rectitud. Testifico de esto en el nombre de Jesucristo. Amén.